

## PRÓLOGO

*Vivir es un ejercicio de actitud constante un dejarse llevar y a la vez retener las complejas esencias de nuestras emociones y sentimientos.* Así nos declara en uno de sus textos el poeta; dejarse llevar y a la vez retener es la dicotomía que nos plantea *Prehistoria poética*, este cuaderno que recoge gran parte de la obra poética inaugural de Francisco Muñoz Soler. Textos escritos desde el coloquialismo más rotundo, sin demasiados afeites o falsos espejismos que nos impidan ver el verdadero rostro tras las palabras, esas que nos dibujan el inmenso mundo interior del poeta y su visión cosmogónica y filosófica ante la hostilidad de la existencia y ante el desamparo de los hombres frente al devenir.

Este es un libro de amores y desamores que son, en esencia –como la serpiente que se muerde la cola–, un mismo sentimiento. Libro de infinito amor hacia la especie humana, no de ese amor ciego e incondicional que lo perdona todo sin medir sus consecuencias, sino más bien como un amor filiar, de padre circunspecto y responsable ante los posibles destinos de sus hijos; padre que reprende con justeza y mesura, como cuando nos dice: *el hombre ese animal evolutivo/ ojalá se dirija hacia la vía/ que desemboca en el sendero/ donde el poder pierde su trascendencia/ y donde esa maraña de normas/ represivas del hombre hacia el hombre/ que perpetua su propio cáncer/ deje de representar a la justicia.* El poeta sabe que somos seres imperfectos y que esa imperfección, ineludible en la condición humana, pudiera llevarnos al fin definitivo.

Otra cuestión esencial que aborda *Prehistoria poética* es la búsqueda insaciable de la respuesta final que de un sentido a todo, la gran respuesta que ha buscado siempre el hombre y que lo llena de angustias, porque conoce de

antemano la inutilidad de la pesquisa. Quiénes somos, de dónde venimos, cuál es nuestro destino como especies y, sobre todo, qué sentido tiene nuestra trivial y fugaz existencia. De este último sentimiento de impotencia ante la muerte, y más que eso, ante el desconocimiento de la utilidad de una vida tan efímera, están saturados los textos de *Prehistoria*, poemas como *El sentido de la vida* donde el autor nos declara que: *El sentido de la vida/ es sólo una aspiración incoherente/ cuando después de ver desglosar/ con ilusión a una persona sus inquietudes/ un inoportuno, absurdo y cruel accidente/ le arrebató su bien más preciado, la vida/ en su plenitud, con tantas cosas por hacer/ con tanto amor por dar,/ no comprendo ni siquiera intuyo/ por qué suceden esas perversidades/ contra la existencia del ser humano,/ ¿no tiene bastante con saber que ha de morir!./ desde niño.*

Pero en otros textos el poeta no solo se lamenta ante la sinrazón de una muerte inútil, sino que además cuestiona la inutilidad misma de la existencia, que es, indudablemente, otro rostro de la muerte, la muerte del conocimiento, del amor, el término de la juventud, de la naturaleza, al fin de la especie humana y su esperanza; como cuando nos confiesa que *más aún que la desagradable sensación/ de fracaso que domina mi vida/ me duele el progresivo aislamiento/ que va matando mi esencia de persona/ cada día me siento más muerto que vivo/ poco a poco menos hombre más máquina*, y en esta imagen nos vemos reflejados infinitamente, como en sendos espejos paralelos, poeta-lector, o sujeto lírico-humanidad, porque Francisco no se empeña egoístamente en hablar de sí mismo, sino que en cada una de sus palabras estamos nosotros y aún en sus poemas más intimistas vislumbramos que ese hombre que sufre y/o ama somos nosotros, nosotros injuriando y festejando la vida porque al final, como el poeta, sabemos *qué frágiles son nuestras vidas/ qué fugaces, qué absurdas,/ qué crueles, qué hermosas/ mientras duran.*

Isbel G  
Guayos, Cuba  
Enero de 2011.